

César es una de las que ha debido admirar y estudiar más el discípulo de Perugino.

Esos tres artistas del Renacimiento, Brunelleschi, Ghiberti y Masaccio, tuvieron por contemporáneo y amigo suyo á un santo religioso, que no era inferior á ellos en talento, pero que les superó en ser más fiel á las tradiciones del arte cristiano. Fra Angelico de Fiesole se aprovechó de todos los progresos que en la primera mitad del siglo XV hicieron la arquitectura, la escultura y la pintura, en Roma y en Florencia; y estudiando con cuidado sus obras, se nota en ellas cómo se fué aumentando su genio y su talento, permaneciendo su ideal siempre el mismo, sin que se extraviase en sus aspiraciones y pensamientos, soñando glorias y alabanzas. Nada pudo separarle de Jesucristo, y su pintura continúa siendo una enseñanza científica y una perenne plegaria, pudiendo asegurarse que en el porvenir será siempre el modelo y el tipo perfecto del artista cristiano.

EL RENACIMIENTO.—DECADENCIA DEL ARTE CRISTIANO

Al decir que el Renacimiento es la época de la decadencia del arte cristiano, combatimos una de las opiniones erróneas que han gozado de mayor crédito en la historia. Se cita el siglo XVI como una de las glorias de la Iglesia; le dió su nombre un Pontífice, y parece como si fuera una impiedad el negar el mérito religioso de las obras de Rafael y de Miguel Ángel.

Sin embargo, nos separaríamos de los principios que hemos formulado si no encontrásemos en las doctrinas del Renacimiento la causa de la ruina del arte cristiano.

Ante todo conviene saber lo que significa la palabra Renacimiento. Después del nacimiento de Jesucristo, ¿qué es lo que podía renacer en orden á lo bello y lo perfecto? ¿Son acaso la moral, la verdad, la justicia, las ciencias ó las artes? ¿No había, pues, el Cristianismo esclarecido las inteligencias, purificado las costumbres, mejorado la legislación, protegido el derecho contra la fuerza y defendido y patrocinado la libertad? Los conocimientos humanos se habían propagado y engrandecido con las luces de la ciencia divina, y los monasterios valían más y eran superiores á las escuelas de Atenas y de Roma. Habían reinado Carlo-Magno y San Luis; la arquitectura, la escultura y la pintura habían progresado asombrosamente hasta fines del siglo XV, y todos los grandes artistas del Renacimiento eran discípulos de los esclarecidos maestros que les habían precedido.

¿Qué es, por lo tanto, el Renacimiento, que tuvo por cuna á Florencia y por sus patronos y protectores á los Médicis? Fué realmente el renacimiento del paganismo en las costumbres, en la literatura y en las artes. El espíritu humano se apasionó por las obras clásicas de la antigüedad, y, guiado del orgullo que le inspiraron sus progresos y descubrimientos, se negó á reconocer la autoridad de la Iglesia, se declaró independiente y juez árbitro de toda doctrina, quiso sujetar al mismo

Jesucristo al libre examen, y le pareció que debía dar sobre Él la preferencia á Platón, como si fuera más sabio que Él por haber precedido al Evangelio.

En su consecuencia, Jesucristo fué desterrado de la legislación, de la política, del Estado, de la familia, y, sobre todo, del corazón del hombre, que pretendió ya ser dueño y único señor de sus actos. La doctrina enseñada en realidad por el Renacimiento es la independencia de la razón humana, ó, lo que es lo mismo, la revolución contra Dios y contra su Iglesia, la herejía más completa que imaginarse puede, toda vez que ella resume y autoriza todos los errores. Esta doctrina ha producido la Reforma en materia de religión, la Revolución en la política, y su última expresión es el racionalismo, que tanto predomina en nuestros días.

El Renacimiento, al hacer al arte independiente de la Iglesia, le privó y despojó de todas las ventajas y poderosos auxilios que en ella había encontrado. Así, pues, el arte estuvo ya destituido de la unidad de creencias, de la unión y fraternidad de esfuerzos y de la comunidad de tipos y de símbolos que le aseguraban su poder, su influencia y sus progresos. Los artistas, aislados, siguieron sus inspiraciones particulares; y como, ante todo, buscaban la fortuna y su propia gloria, se rebajaron acudiendo á pedir esas ventajas á los príncipes, que eran los que podían dárselas. Entonces fué inmensa la corrupción de costumbres, y el patronato de los Médicis y los excesos y des-

órdenes de Florencia debían naturalmente forzar á los artistas á seguir un camino fatal. Así se vió que fué llevada por ellos mismos la pasión del antiguo paganismo hasta un culto verdaderamente idolátrico.

Un gran hombre, un santo religioso, quiso oponerse á ese inmenso mal y luchar esforzadamente contra el Renacimiento; detuvo algún tiempo su curso y propagación ganando contra él admirables victorias; pero al fin sucumbió, si bien teniendo la gloria incomparable de ser un mártir del arte cristiano. Todavía no ha hecho la historia justicia completa á Savonarola, ni tampoco le ha vindicado de las injuriosas imputaciones que le han hecho los protestantes, elevándole una estatua como si hubiera sido el precursor de Lutero. Ninguno fué más puro que él en su doctrina, ni más contrario, por la austeridad de su vida y de su moral, á los principios de la Reforma. Combatió por los medios posibles la relajación de costumbres y la fatal influencia de los Médicis, y su acción y saludable eficacia en Florencia, en cuya ciudad fué por muchos años un maestro y un apóstol, lograron que reinase en ella Jesucristo, á cuya mayor gloria lucieron allí las fiestas y demostraciones más bellas del arte.

Es necesario leer, en la obra de M. Río, las admirables páginas en que ese autor refiere el drama sublime del religioso Dominico, sus veladas poéticas en el convento de San Marcos, sus predicaciones en Santa María de las Flores, sus teorías sobre estética, sus reformas en la literatura, en la música, en las

artes y en el canto, las procesiones de niños y de niñas y los triunfos, en fin, del genio cristiano sobre el paganismo. La plaza pública de la voluptuosa Florencia fué testigo de hogueras que allí se encendieron para quemar con sus llamas, y al canto y armonioso concierto del *Te Deum*, todas las obras impuras y escandalosas de los poetas del Renacimiento, los estudios al desnudo, los ídolos resucitados y los adornos voluptuosos de la relajación y del vicio. ¿Se acusará á Savonarola de vandalismo, siendo así que tenía por amigos y por admiradores suyos y de sus obras á los genios más ilustres y á los artistas más grandes y más célebres de su siglo, tales como Pico de la Mirandola, Angel Policiano, Guicciardino, el arquitecto Cronaca, los escultores della Robbia, Boticelli, Lorenzo di Credi, Ghirlandaio, el Perugino, Miguel Ángel y también el célebre Baccio della Porta, que fué después Fra Bartolommeo, el cual se retiró para llorar en el claustro al célebre Dominicano, á quien había conocido en él?

La hoguera de Savonarola fué encendida y reproducida por la venganza y el odio de los libertinos y de los banqueros de Florencia, cuyos vicios y usuras había él reprendido y condenado. Una vez roto el dique, el torrente no tuvo más que seguir su curso. La dirección del arte cristiano perteneció después á los Médicis, y, aunque hubo todavía algunos artistas cristianos, no hubo ya arte cristiano. Establecido el imperio del Renacimiento, ejerció por doquiera su maligna influencia, y entonces

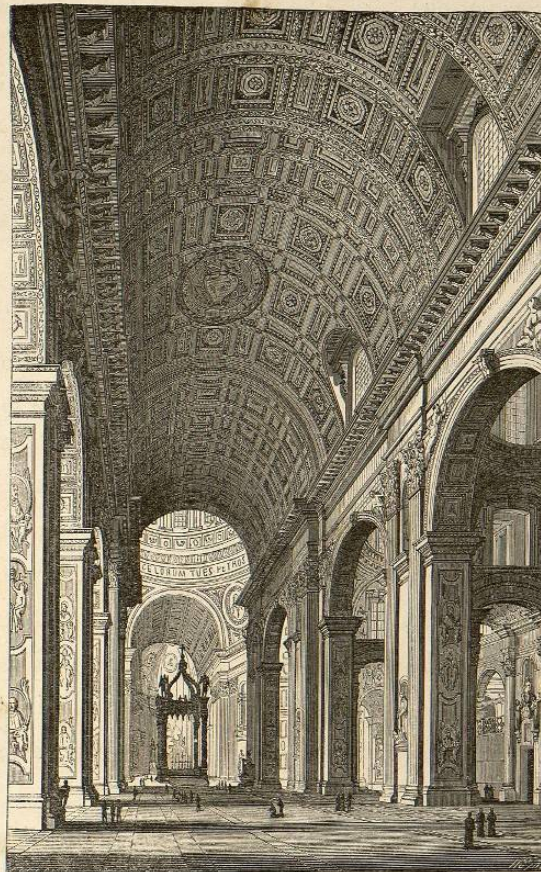


Lámina 174.—Arquitectura del Renacimiento : Interior de la basílica de San Pedro, en Roma. Siglo XVI.

la Iglesia tuvo que pasar por una de las terribles y grandes pruebas, más temible, en cuanto cabe, que la de la persecución, cuyo motivo dió una vez más testimonio de la eficacia de las di-

vinas promesas que la había hecho su divino Fundador, porque, á pesar de tempestad tan furiosa, salió libre de ella, sin alterar en nada la pureza de su doctrina ni la santidad de su fe, si bien es verdad que se tomó, desgraciadamente, como pretexto su celo y firmeza para llevar á cabo la pretendida Reforma, con la que se falsearon para muchos siglos los verdaderos principios del arte.

La estética del Renacimiento es todavía la nuestra. Nosotros distinguimos lo bello de lo verdadero y de lo bueno, pues la primera cualidad debe ser la forma de las otras dos; y, cualquiera que sea el objeto, no pedimos al artista más que la perfección del diseño y el encanto y gracia del color. Si el diseño prescinde de asuntos religiosos, pierde su principal importancia para un artista cristiano en el mismo instante en que aparece completamente extraño á los pensamientos santos que debía expresar. Los falsos juicios sobre los artistas del Renacimiento son el gran obstáculo que hay para la renovación del arte cristiano, y por eso nos permitiremos contestar á los que generalmente se han formado acerca de Rafael y de Miguel Ángel.

Para nosotros, Rafael es el genio encarnado de la pintura y el artista adornado de dotes más excelentes que jamás ha podido existir. Su inteligencia, gozando de una delicadeza extraordinaria, se apoderaba de la belleza de todas las cosas y recogía las cualidades que veía en los otros; estudiaba al Perugino, Leonardo de Vinci, Fra Bartolommeo y Miguel Ángel

para superarlos por la pureza de su diseño, la sabiduría de su color y la nobleza de sus composiciones; comprendía, sobre todo, el arte antiguo, y tomó de él la sobriedad y la medida, siendo muy difícil decir y determinar lo que faltaba á su talento. Mas, sin embargo de todo eso, si le seguimos y estudiamos en su vida tan corta y tan fecunda, en ningún periodo de ella le vemos reunir las condiciones esenciales del artista cristiano.

Semejante afirmación sublevará sin duda á los que consideran á la escuela de Umbría como la escuela mística por excelencia. No se nos oculta que para demostrarlo se ha escrito bastante; pero esas páginas eran más poéticas que justas y fundadas. ¿Qué es, pues, el misticismo en pintura? Es la expresión de las relaciones sobrenaturales del alma con Dios, la irradiación del amor adquirido en la oración y en la meditación, y una especie, en fin, de ideal supremo, como el que suele entereverse en medio del éxtasis. Pueden encontrarse pinturas místicas en la escuela antigua, en Siena, por ejemplo, y en las celdas del convento de San Marcos, pero no se encontrarán en la escuela umbriana.

Ésta es poco numerosa, y es todavía ménos homogénea. El Perugino, que es su representante más insigne, se formó en Florencia, en el taller de Andrés Verocchio, y su gracia y la suavidad de su talento las tomó de su condiscípulo Leonardo de Vinci. Él recibió las tradiciones de la escuela antigua; pero las desfiguró en sus composiciones por la elegancia de posición

y por una coquetería de detalles que recuerdan las cortes de Urbino y de Mantua. No se limitó á objetos religiosos, sino que se dejó también dominar de la afición á las fábulas y á la desnudez de la mitología, de lo que da testimonio su notable cuadro del Louvre *El Combate del amor y de la castidad*.

El medio mejor de apreciar un artista cristiano es el estudiar sus Vírgenes, puesto que la Virgen y el niño Jesús deben ser los tipos más perfectos del ideal divino. Las Vírgenes del Perugino son encantadoras; pero su influencia induce más á pensar que á orar; sus miradas dulces y sus ojos rasgados cautivan, interesan al relacionarlos con el tierno niño que goza ya de los graciosos movimientos de su madre. Los ángeles y los santos que las acompañan son de la misma familia; pero, con todo eso, no se ven en esas obras aquellas Madonas majestuosas de la primitiva escuela, ni las Vírgenes tan recogidas de la escuela de Siena.

Las Vírgenes de Rafael son todavía más bellas que las de Perugino, pero son ménos cristianas. El discípulo, para superar á su maestro, abandona los motivos tradicionales y busca en la variedad de sus composiciones la manera de expresar toda la gracia y belleza que puede haber en una doncella y en un niño. Mas en sus diseños no se encuentra la Madre de Dios que adora á su Hijo y le presenta para que los hombres le tributen sus homenajes, sino una madre irradiando paz y felicidad, que admira á su hijo y cuida de él con gran ternura. Las Vírgenes



TRIUNFO ETERNO

Fragmento de la Disputa del Santo Sacramento, de Rafael, en el Vaticano, en la Sala de la Signatura, sala de la Sala de la Signatura.

y por una coquetería de detalles que recuerdan las cortes de Urbino y de Mantua. No se limitó á objetos religiosos, sino que se dejó también dominar de la afición á las fábulas y á la desmembración de la mitología, de lo que da testimonio su notable cuadro del *León*; *El Combate del amor y de la castidad*.

El modo mejor de apreciar un artista cristiano es el estudiar sus Virgenes, puesto que la Virgen y el niño Jesús deben ser los tipos más perfectos del ideal divino. Las Virgenes del Perugino son encantadoras; pero su influencia induce más á pensar que á crear; sus miradas dulces y sus ojos rasgados cautivan, interesa al relacionarlos con el tierno niño que goza ya de los graciosos movimientos de su madre. Los ángeles y los santos que las acompañan son de la misma familia; pero, con todo eso, no se ven en esas obras aquellas Madonas majestuosas de la primitiva escuela, ni las Virgenes tan recogidas de la escuela de Siena.

Las Virgenes de Rafael son todavía más bellas que las de Perugino, pero son ménos cristianas. El discípulo, para superar á su maestro, abandona los motivos tradicionales y busca en la variedad de sus composiciones la manera de expresar toda la gracia y belleza que puede haber en una doncella y en un niño. Mas en sus diseños no se encuentra la Madre de Dios que adora á su Hijo y le presenta para que los hombres le tributen sus homenajes, sino una madre irradiando paz y felicidad, que admira á su hijo y cuida de él con gran ternura. Las Virgenes



TRIUNFO ETERNO DE CRISTO

Fragmento de la *Disputa del Santo Sacramento*, fresco pintado por Rafael en 1508, en la Sala de la Signatura, en el Vaticano.

de Rafael constituyen verdaderamente el título más bello y legítimo de su gloria; pero conviene no mirar ni poner en ellas un pensamiento piadoso que no tuvo el autor al pintarlas, siendo indudable que él procuró que resaltase en ellas la belleza, pero no la santidad, que es la belleza sobrenatural.

¿Es acaso Rafael un artista religioso en sus grandes poemas del Vaticano? Los escritores que hablan del arte sin comprenderle han encontrado todavía en ellos alguna inspiración piadosa y una ciencia teológica incomparable. Para la composición que se revela en las Salas, sin duda alguna recibió Rafael consejos de hombres sabios de la Corte romana, y se aprovechó de ellos con admirable talento. Esos testimonios históricos no ofrecen solamente ingeniosas alusiones á los sucesos contemporáneos, sino también ideas cristianas muy nobles. Empero la teología de Rafael se parece á la que representó en el cielo de la sala primera, la cual es más poética que profunda, y la escena que informa y domina no revela un conocimiento bastante perfecto de las cosas divinas. *Divinarum rerum notitia.*

Se ha pretendido hacer de *La Disputa del Santísimo Sacramento* la suma teológica de la pintura. El artista siguió muy libremente el programa que se le había dado; la parte superior es la más bella, porque se aproxima y relaciona más con las tradiciones de la escuela antigua. Jesucristo mediador y pontífice, colocado entre la Virgen y San Juan Bautista, se encuentra también en los cuadros de los antiguos maestros y en las

bóvedas de nuestras catedrales; pero es necesario mucho tino para explicar la elección de los santos que están en el cielo, su lugar, su posición y su expresión. Los grupos que se ven en la parte inferior están dispuestos muy acertadamente; pero, sin embargo, es evidente que el fin principal del artista fué el encontrar líneas bellísimas para su composición, sin preocuparse mucho del objeto y asunto. Creemos que tuvo mejor éxito en *La Escuela de Atenas* y en *El Parnaso*, cuyas composiciones no exigieron de él inspiraciones religiosas. Las *logias* son unas improvisaciones admirables sobre la Biblia, y en ellas está mejor ejecutado lo referente al Antiguo Testamento que lo tocante al Evangelio, porque en lo primero se encuentran escenas más variadas y más pintorescas. ¿Por qué ha encuadrado sus composiciones de fantasía las más graciosas y las más paganas del arte antiguo? Los Amores, las Venus, los Sátiros y las Ninfas están allí representando y dando testimonio de la invasión del Renacimiento.

¿Se encontrará al artista cristiano en *La Farnesina*, en *El Banquete de los dioses* y en *El Triunfo de Galatea*? Aunque se hallan en estas pinturas algunas nuevas cualidades plásticas, se puede asegurar también que en su conjunto se ve en ellas una decadencia real de su talento. Esa decadencia, en nuestra opinión, aparecía ya en *La Transfiguración*, que la muerte no le permitió concluir. Después de tres siglos se dice y se repite que ese cuadro es la obra maestra de Rafael y su canto

de inspirado cisne; pero nosotros nos atrevemos á sostener, aún á riesgo de ver sola y aislada nuestra opinión, que dicho cuadro es una composición defectuosa que sería criticada severamente si hubiera sido ejecutada por otro artista. Hay en ella falta de unidad, de verdad histórica, y aún de estilo y de majestad en la parte superior; y en cuanto á la parte inferior, hay en ella una confusión y una mezcla de personajes que no puede justificarse. El fin fué pintar bellos lienzos y grandes tapices. Ese es el arte que se dejó invadir del demonio del Renacimiento, y sólo Jesucristo es el que puede librarle de tan maligno espíritu.

Rafael tenía todas las dotes que eran necesarias para llevar el arte á su perfección; pero le faltaron las hermosas y grandes tradiciones de Giotto y la pureza del pintor de Fiesole. Se dejó arrastrar por la corriente de su siglo hacia la idolatría de la forma y el culto de la antigüedad pagana. Su talento incomparable consagró y sancionó por medio de obras maestras el alejamiento y abandono de las inspiraciones religiosas, y sus discípulos le siguieron por ese fatal camino, sin que haya quien se atreva á asegurar que eso fuera un progreso para el arte.

Miguel Ángel no se parece en nada á Rafael, y es un ejemplo y una figura única en la historia del arte. Ese genio solitario y salvaje era un cristiano de convicción, como lo demuestran su vida y sus versos, y, por consiguiente, no existen verdaderas relaciones ni armonía alguna entre sus creencias y sus obras.

Comprendía y admiraba la escuela de Giotto y de Orcagna, y, á pesar de eso, no hubo artista alguno que le fuera más extraño y olvidado que ellos. Su talento se formó en el jardín de los Médicis, en donde hizo el estudio de las estatuas antiguas, y se apasionó sobremanera por la anatomía. Lo bello se le aparecía en el cuerpo humano, y su ideal fué lo gigantesco. No se ocupó más que en asuntos religiosos; pero en ellos revestía de músculos sus pensamientos, sin avergonzarse ni ocurrírsele duda alguna ni reparo acerca de la inconveniencia de la desnudez que resaltaba en sus obras.

Su obra maestra, que es *El Juicio final*, que se halla en la Capilla Sixtina, ha llenado de escándalo al mismo Aretino, que protestó contra esa profanación del lugar sagrado y pidió al Papa que la evitase. «¿Cómo es posible, decía, que el gran Miguel Ángel haya querido demostrar tanta impiedad religiosa como perfección artística? ¿Es posible que tú, tan superior á los hombres y cuya sociedad desdeñas, hayas hecho eso en el templo de Dios, sobre el altar de Jesucristo, en la capilla más insigne del mundo y en un lugar en donde los Cardenales de la Iglesia, los Padres más venerables y el Vicario de Cristo confiesan, contemplan y adoran su cuerpo, su sangre y su carne? ¿No hubiera sido tu obra más propia de una sala de baños que de una asamblea tan augusta? ¿No tienen nuestras almas más necesidad del sentimiento de la piedad que de la vida del diseño? Que inspire, pues, Dios Nuestro Señor á la Santidad de

Pablo como inspiró á la Beatitud de Gregorio, el cual quiso mejor que careciese Roma de las soberbias estatuas de la antigüedad que, por causa de la perfección y mérito de las mismas, privar á las imágenes humildes de los santos del respeto y veneración de los fieles» (CÉSAR CANTÚ).

La influencia de Miguel Ángel en el arte ha sido desastrosa; y no es solamente al arte cristiano al que ha perjudicado, sino también al arte del Renacimiento. Ha sido el corruptor de uno y otro por sus excentricidades inimitables en pintura, en escultura y en arquitectura. Su capilla Sixtina es un prodigio de audacia y de dibujo. La bóveda, sobre todo, es de un efecto abrumador: los Titanes han logrado escalar el cielo; los profetas, las sibilas, las figuras de toda clase de edades, desnudas y presentadas en todas las actitudes, trastornan, á pesar de su mérito, todas las leyes del decoro y del gusto. Todo se sacrifica allí á la tiránica exigencia del genio: las dimensiones del edificio, las líneas de la perspectiva y esos hermosos frescos de los pintores de Florencia y de Perusa, últimas obras maestras de la escuela cristiana en Italia, todo se halla postergado y sin la preferencia que debe dársele. La exageración de Miguel Ángel es igual en escultura. ¡Qué de bellezas no se han encontrado en su *Moisés*, en donde se representó él á sí mismo más bien que al caudillo del pueblo de Dios! ¡Qué de alabanzas no se han tributado á sus estatuas de los sepulcros, destinadas á las iglesias, y que hubieran hecho de las sepulturas unos sepulcros paganos!